

Cien años de mocedad



Enrique
Ramírez
Capello

Truena el cañonazo de mediodía, en el cerro vecino.

Huesudo, nostálgico y bohemio, Daniel de la Vega sube en puntillas por las escalinatas de la Biblioteca Nacional. Enfía su pipa humeante y la enfunda en su chambergo.

Sus ojos de transparencia y mar enredan imágenes y voces.

Se sienta pulcramente en una silla café moro.

Sigiloso, como el rocío de su prosa.

Retratista de lo menudo, pintor de lo musical e ingenuo recreador, semi-sonríe cuando Fernando Díaz Palma evoca la entrevista de Hugo Goldsack y los elogios de Gabriela Mistral. Discurso que lo identifica: nostálgico, sutil y provinciano. Tierno, sencillo, siempre nuevo.

Mago y poeta.

Elegante mirador.

Dulce compañía, como el ángel guardián de nuestra profesión.

En el escenario de la sala América se conmemoran los cien años del único dueño de la Santísima Trinidad de premios nacionales.

Y él —oculto en la media sombra, feliz con la iniciativa de su hijo Ramiro— pergeña un artículo sobre la muchacha amada, un guijarro o una noche en silencio.

Nunca tormentas.

Ni tormentos.

Su delgadez no se estremece con las ironías de Luis Sánchez Latorre. Entre el histrionismo y el sarcasmo, rememora los coloquios del pasillo de Compañía y Morandé.

Desde arriba, Filebo ve a Wilfredo Mayorga y a Sergio Villalobos. Y no a don Daniel. Este se conmueve con su descripción: "Inspiraba confianza, intimidad. No tenía estridencias ni envidias, como observa Alone. Era como un niño".

Abajo, él escribe. Ya no el tranvía; ahora el Metro subterráneo. Tampoco la melancólica calle San Diego; prefiere la hirviente Ahumada. Y en su memoria se mezclan la cálida dedicatoria a un libro de Mayorga y la severa crítica a su obra de teatro.

Remembranzas sin amarguras.

Porque él se siente mozo, como en su columna "Hoy": original, refrescante, bella.

Casi llora cuando declaman Mario Lorca —¡qué voz!— y Humberto Duvauchelle.

Interrumpo su soledad, en leve huida. Don Daniel me muestra un borrador: "Las parras crecen borrachas con el mismo vino que van a producir. En el tronco nudoso, torcido y ridículo, se ven los traspies del borracho que no sabe adónde va".

Alfonso Calderón no alcanzó a enterarse. Tenía otro compromiso.